



La mayoría de las abejas no son como las ovejas

Si consideramos a la apicultura como una forma peculiar de explotación ganadera, también tendremos que valorar sus posibles impactos sobre los ecosistemas.

No hace mucho escuché a un amigo contar que en la sierra de Ojén, situada en el extremo meridional de la provincia de Cádiz, los paisanos hablaban de las abejas de la miel llamándolas “las ovejitas”. Quizá no hubiera prestado mucha atención a su comentario si no fuese porque pocos días antes había leído lo siguiente: “Otro sí, hordenamos que el diesmo de las ovejas e de las abejas e de los otros ganados, que vaya todo enteramente a la iglesia donde mora el señor de ellas.” La frase pertenece a una disposición dictada por el Sínodo de Jaén de 1492 y la reproduce Carmen Argente del Castillo en su obra *La ganadería medieval andaluza*. Por aquella época, los extensos montes y encinares de Andalucía oriental estaban salpicados de colmenares, y esta cabaña *sui generis* que son las abejas de la miel eran consideradas como ganado y junto con el resto se contabilizaban. Debido a que eran una riqueza muy importante para los concejos, su explotación estaba minuciosamente reglamentada en las ordenanzas y los intereses de los colmeneros prevalecían a veces sobre los de otros ganaderos. En las ordenanzas municipales de Baños de la Encina del siglo XVIII, una localidad situada al pie de Sierra Morena, se establecía que “...esta prohibido que los ganaderos con sus ganados especialmente de cabrío hechen majadas inmediato a los colmenares por notorios detrimentos que se siguen a las colmenas, y espezialmente en tiempo de primavera.” Añado de mi cosecha que el legislador probablemente aludía a que el ramoneo de las cabras reducía la producción de flores del matorral y, por tanto, el alimento para las abejas.

Históricamente, pues, las abejas de la miel se han considerado tan ganado como las ovejas de la lana, fomentadas ambas por el hombre para explotar una producción primaria muy diluida y dispersa (hierba, néctar, polen) que convierten en productos valiosos para la sociedad humana (lana, carne, miel, cera). Pero los paralelismos entre ovejas y abejas de la miel no se limitan a la similitud fonética de los vocablos y al carácter de ganado que ambas poseen. También se parecen porque, bajo ciertas condiciones de explotación, tanto la ganadería de ovejas como la ganadería de abejas de la miel pueden llegar a tener algunos impactos negativos sobre el medio natural. Los efectos adversos del sobrepastoreo de ovejas sobre el tapiz vegetal son conocidos por todos, pero ¿qué impacto pueden tener las abejas de las colmenas? ¿No hemos oído muchas veces que la apicultura es una explotación inocua, modelo de uso





Pequeño muestrario de abejas silvestres, representantes de géneros bastante comunes en la mayor parte de la península Ibérica. En la página anterior: *Anthophora* (arriba) y *Lasioglossum* (abajo). En esta misma página, de izquierda a derecha y de arriba a abajo: *Colletes*, *Panurgus*, *Halictus*, *Xylocopa* y *Bombus*.

sostenible de los recursos, beneficiosa además para los cultivos? ¿A qué organismos podrían llegar a perjudicar las abejas-oveja? Pues precisamente a la miríada de especies de abejas que no son como ovejas, es decir, a las abejas silvestres, de las que presento un pequeño muestrario en las fotografías. A menudo se olvida que la abeja-oveja (*Apis mellifera*) es sólo una especie domesticada de entre las muchísimas que componen el grupo de las abejas silvestres, que los zoólogos denominan Superfamilia *Apoidea*.

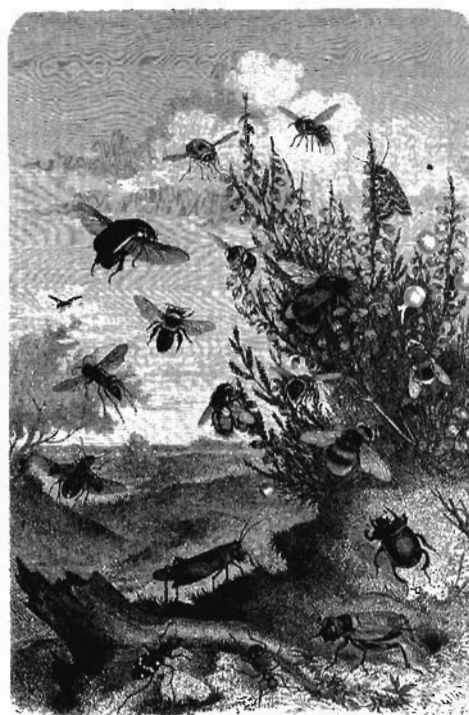
Una fauna poco conocida

No sabemos todavía cuántas especies de abejas silvestres habitan en la península Ibérica, pero seguro que no hablamos de un grupo minoritario o marginal. En todo el mundo se conocen unas 20.000 especies de abejas. Curiosamente, los valores máximos mundiales de diversidad no se alcanzan en las regiones tropicales, como sucede con la mayoría de los organismos, sino en las regiones de clima mediterráneo y subdesértico. El día que conozcamos bien la fauna ibérica de abejas silvestres, comprobaremos que suman muchos cientos de especies, más que todas las de mamíferos, aves, reptiles y anfibios ibéricos juntas. Tampoco estamos hablando de un grupo homogéneo en cuanto a forma de vida o características ecológicas. Su tamaño varía entre los 4-5 milímetros de longitud de algunas minúsculas *Andrena* y los 30-35 de algunas *Xylocopa*, las gigantes del grupo. Algunas son sociales y forman pequeñas colonias donde conviven una hembra fértil con obreras infértiles genéticamente idénticas, como en los abejorros del género *Bombus*. La mayoría, sin embargo, son solitarias. Algunas especies construyen los nidos en el suelo, excavando las hembras sus propias galerías. Pero otras usan para nidificar agujeros en las rocas, la madera podrida o el interior de tallos huecos. Algunas tienen probóscides diminutas, de tan solo 1-2 milímetros de longitud, que únicamente les permiten explotar los néctares más expuestos. Otras, en el extremo contrario, llegan a tener probóscides de hasta 15 milímetros, con las que alcanzan holgadamente el néctar escondido en el fondo de largas flores tubulares. Unas son generalistas, que visitan y polinizan las flores de muchas especies diferentes. Otras son especialistas bastante estrictas y sólo visitan y polinizan las flores de muy pocas especies.

Las abejas silvestres, por lo tanto, no son solamente un grupo amplio por su número de especies, sino también por el enorme abanico de formas de vida que representan, por su gran biodiversidad en el sentido más wilsoniano del término.

Relaciones de competencia

Como la abeja-oveja, las abejas silvestres dependen del néctar y el polen de las flores para vivir y reproducirse, lo que puede desencadenar la competencia entre ambos grupos. Esta posibilidad no le pasó desapercibida a Charles Darwin, quien en 1872 sugirió que la abeja-oveja, por entonces recién introducida en Australia, podía competir con algunas abejas silvestres nativas y llevarlas a la extinción. Esta sugerencia darwiniana empezó a ser tomada en serio por los investigadores en la década de los ochenta del siglo pasado, cuando se multiplicaron los estudios sobre los posibles impactos negativos de la abeja-oveja sobre las comunidades locales de abejas silvestres. Una exhaustiva recopilación bibliográfica



“...en determinados hábitats y bajo ciertas circunstancias de abundancia de alimento, la abeja-oveja puede llegar a tener un importante impacto adverso sobre las abejas silvestres.”

sobre el tema, publicada en 2003 por Dave Goulson (School of Biological Sciences, University of Southampton), puso de manifiesto que Darwin no iba descaminado en sus advertencias sobre los efectos de la abeja-oveja sobre sus parientes no domesticadas.

La abeja-oveja desplaza a las abejas silvestres de las fuentes más importantes de alimento. Este desplazamiento no se efectúa mediante interacciones agresivas, sino que es el resultado de una mayor eficiencia explotadora. La abeja-oveja, dotada de una estructura social compleja y de sofisticados mecanismos de comunicación, orientación y termorregulación, es capaz de localizar y explotar concentraciones de alimento a grandes distancias de la colmena, así como de pecorear en condiciones ambientales muy diferentes. Esta intrínseca superioridad fisiológica y etológica de la abeja-oveja no plantearía ningún problema desde el punto de vista conservacionista si estuviésemos ante una especie silvestre sujeta a los mecanismos ordinarios de control de poblaciones (patógenos, parásitos, hambrunas). Pero no olvidemos que se trata de una especie doméstica de interés eco-

nómico. Las colmenas-rebaño, como los rebaños de ovejas, reciben cuidados veterinarios y alimentación suplementaria en épocas de escasez, y son trasladadas de un sitio a otro según las estaciones y las disponibilidades alimenticias—¿alguna diferencia fundamental respecto a las ovejas de la lana?—. De este modo, la abeja-oveja puede alcanzar localmente densidades de población muy superiores a las que tendría en condiciones naturales, intensificándose así su posible efecto negativo sobre las abejas silvestres.

De la recopilación de Goulson, así como de algunos estudios aparecidos posteriormente, se deduce que, aunque todavía queda mucho por investigar, hay razones fundadas para sospechar que en determi-

nados hábitats y bajo ciertas circunstancias de abundancia de alimento, la abeja-oveja puede llegar a tener un importante impacto adverso sobre las abejas silvestres.

Esta sola posibilidad debería hacernos más cautos a la hora de ensalzar las bondades de la abeja-oveja como método inocuo de explotación de los recursos, por mucha simpatía que despierten por su contribución a endulzarnos la vida saludablemente. Además, las abejas silvestres son los principales agentes polinizadores de muchísimas especies de plantas, una función que desempeñan más eficazmente que la abeja-oveja (todos los polinizadores no son iguales, pero ese es otro tema). En los espacios naturales protegidos, donde la preservación de la biodiversidad en todas sus facetas debe ser una prioridad, la apicultura tendría que regularse aplicando el mismo cuidado que se suele poner para aminorar los efectos negativos de otros tipos de ganadería. ♣